

Colección del *MIRADOR*

Cuentos
de la selva

HORACIO QUIROGA

Colección del
MIRADOR

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editoras: Ana Lucía Salgado, Karina Echevarría

Secciones especiales: Valeria Stefani

Correctora: Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Dinamo

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: fragmento de *Forêt vierge au soleil couchant*, de Henri Rousseau

Quiroga, Horacio

Cuentos de la selva / Horacio Quiroga ; con prólogo de Valeria Stefani. -
2a ed. 2a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2015.

112 p. + Carpeta Actividades ; 19x14 cm. - (Del Mirador ; 249)

ISBN 978-950-753-378-5

1. Narrativa Uruguaya. 2. Cuentos. I. Stefani, Valeria, prolog. II. Título
CDD U863

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2013

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-378-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

Abriendo camino entre la naturaleza y las palabras

Ahí está la selva. Un joven entra en ella por primera vez. Forma parte de una expedición. ¿Va de caza? A ver..., acerquémonos un poco. Las armas han tenido un papel triste y decisivo en su vida, pero en estos momentos lo que lleva es una cámara fotográfica, una de esas que ya no se utilizan más. Entonces, debe de ir a cazar imágenes. Lo que no sabe es que la selva lo cazará a él para siempre.

Estamos en 1903, y el muchacho de 24 años se llama Horacio Quiroga. Acompaña como fotógrafo al escritor Leopoldo Lugones en un viaje para estudiar las ruinas de las reducciones jesuíticas de San Ignacio, en la provincia de Misiones. Se enamora enseguida del lugar y, en unos años, volverá para quedarse. Y entonces será un verdadero cazador, no con su escopeta, ni con su cámara. Quiroga entrará nuevamente en la selva para cazar historias: atraparé con palabras la vida de la jungla.

Nosotros, ahora, estamos por comenzar esta otra expedición. En breve, penetraremos esta otra selva que todo libro, y en especial este, nos propone. Nos atrae todo lo que hay por descubrir, lo que encontraremos detrás de cada hoja, las aventuras que podremos vivir, los seres desconocidos con los que nos sorprenderemos. Pero también hay peligros, nadie quiere perderse. Hay que aprender a caminar y sobre todo a mirar. No queremos que nada

nos pase desapercibido, aunque sabemos que muchos animales se mimetizan con el paisaje para no ser descubiertos.

¿Estamos preparados? Revisemos nuestro equipo. ¿Armas? ¿Cámara de fotos? No, solo nuestros conocimientos y nuestras estrategias. Hasta el momento, apenas conocemos el nombre de un escritor y el título del libro. ¿Les parece poco? No crean. Detrás del nombre de Horacio Quiroga, encontramos una vida muy particular. Y en el título, tres pistas que no podemos dejar de lado: que SON CUENTOS, que SON DE LA SELVA, y que SON PARA NIÑOS. ¿Y qué nos puede decir todo esto? Veamos...

Cuentos: la medida justa

Casi todo el mundo sabe lo que es un cuento. Los escuchamos desde chiquitos, los leemos y hasta incluso, a veces, los inventamos. Pero es difícil de explicar. Podemos decir que un cuento es una narración corta. Pero ¿qué tan corta?, ¿qué se narra? Algunos son muy breves mientras que otros nos entretienen un buen rato, pueden tratar sobre hechos de todos los días o mostrar lo imposible, los personajes pueden ser personas, animales, cosas o seres inventados. Lo importante, piensan muchos, es que el cuento produzca un efecto: nos puede sorprender, emocionar, hacer pensar, nos dará miedo o nos hará reír.

Los cuentos son parientes de las novelas. Se parecen en que ambos narran algo, pero a las novelas les gusta extenderse, unir varias historias, hablar de cada uno de los personajes, y se toman el tiempo para darnos todos los detalles. A veces, se van del camino y después vuelven a lo que nos estaban diciendo. Por eso son más largas y, por lo general, están divididas en capítulos. Los cuentos, en cambio, son mucho más directos, se dedican específicamente a lo que quieren contar y dejan de lado todo lo que no sea imprescindible. Así lo entendía Horacio Quiroga y, como

quería tenerlo siempre presente, escribió algunos consejos para ser un perfecto cuentista, por ejemplo: “No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas” o “Toma a los personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste”.¹

Nada de incluir sucesos porque sí, ni de hacer descripciones que no sean necesarias. Quiroga también decía que los adjetivos eran como colas que se les agregaban a los sustantivos y que no había que poner colas de más. Tomemos, por ejemplo, el título del primer cuento de este libro, “La tortuga gigante”. Cuando lo lean, busquen qué otros adjetivos, además de *gigante*, aparecen para calificar a la tortuga. Van a ver que les va a costar encontrar alguno. Imaginemos que la tortuga gigante es también verde, lenta, arrugada, un poco vieja, algo reflexiva, y así podríamos seguir. Pero el autor no dice nada de eso, solo que es gigante. ¿Por qué? Porque es lo único que importa para que el cuento tenga sentido y que el lector lo pueda entender. Ya verán.

Lo que otros cuentos cuentan a los cuentos de Quiroga

En las distintas épocas y en los diferentes pueblos, siempre han existido cuentos, aunque no tuvieran ese nombre. Eran relatos populares que las personas se contaban unas a otras sin saber quién los había inventado y que servían para entretener, pero también para enseñar. Con el tiempo, se fueron poniendo por escrito y hoy los encontramos en libros, aunque eso no impide que los abuelos se los sigan contando a los nietos a la hora de dormir, como la historia de “Cenicienta” o “El gato con botas”. Y nunca están a salvo de nuevas modificaciones.

¹ Quiroga, Horacio, “Decálogo del perfecto cuentista” (1927), en Pacheco, C. y Linares, L., *Del cuento breve y sus alrededores*, Caracas, Monte Ávila, 1993.

En todos estos cuentos, se repite una estructura bastante simple y conocida. Primero una situación inicial o introducción, para saber quiénes son los personajes y dónde están. Luego el nudo del cuento, donde se presenta el conflicto: que se haya perdido algo, que un enemigo cause un daño, que alguien cometa un error, que se sufra una enfermedad. Por último, el desenlace, donde el conflicto se resuelve de alguna manera, para bien o para mal. A veces se vuelve a la situación inicial, otras veces hay algún cambio.

Quiroga utiliza este tipo de estructura y empieza sus relatos con un “Había una vez...”, como la mayoría de los cuentos populares. Ya en esa primera oración nos presenta a los protagonistas que no son ni príncipes, ni princesas, ni duendes, sino animales de la selva misionera u hombres que habitan en ella. Y sin darnos cuenta estamos metidos en el cuento. De alguna manera, sus vidas serán alteradas y tendrán que hacer frente a eso. Y de lo que hagan, de sus decisiones, de su fuerza, valentía o inteligencia y de cómo se relacionen con los otros seres que habitan el lugar, dependerá que salgan victoriosos o no.

Dentro del conjunto de narraciones populares, Quiroga tomó algunas características particulares de la fábula y la leyenda. La primera es un relato breve generalmente protagonizado por animales personificados, es decir, que hablan y tienen características humanas. Las fábulas siempre dejan al final una enseñanza o moraleja. Una de las más conocidas, y que ya se contaba en la Antigüedad, es la de la Cigarra y la Hormiga:

Durante todo el verano, la hormiga trabajaba duramente para almacenar alimentos, mientras que la cigarra cantaba y disfrutaba del sol sin preocuparse. Pero cuando llegaron los primeros fríos del invierno, la cigarra se vio desprotegida y sin víveres y le pidió a la

hormiga que le diera parte de lo suyo. La pequeña trabajadora se negó ya que la cigarra no había hecho nada para ganarse su pan.

La moraleja ya la habrán descubierto: es necesario trabajar para prever las dificultades futuras y no ser un holgazán.

En los cuentos de este libro, también vamos a encontrar animales que hablan de manera muy natural, como la gente que vive en la región. Incluso, algunos usan el guaraní, lengua de origen indígena que todavía hoy se habla en Misiones. En cuanto a la moraleja, a veces está dicha y en otros casos hay que buscarla, pero en todos los cuentos hay algo para aprender o quedarnos pensando.

Ahora bien, tomémonos la libertad de imaginar un poco. Quiroga vivía con su familia en la selva misionera. Sus pequeños hijos no solo querían aprender qué estaba bien y qué estaba mal, como todos los chicos seguramente eran curiosos y querían saber el porqué de todo. Casi los podemos ver preguntando: “Papá, ¿por qué ese pájaro tiene ese color tan raro? Y ese otro, ¿por qué siempre está parado en una sola pata? ¿Y qué hicieron los animales cuando llegaron los hombres por primera vez?”. A lo largo de la historia, los distintos pueblos han inventado relatos para responder a preguntas como estas. Se llaman *leyendas*. Aquí tenemos una que contaban los guaraníes de la zona de Misiones:

El dios Kadjurukré había creado a la tribu y a todos los animales. Trabajaba siempre de noche, pero, un amanecer, la claridad llegó antes de que él hubiera terminado, así que tomó una ramita larga y delgada, y la introdujo en la boca del animal que tenía en sus manos diciéndole que ya era tarde para hacerle dientes, pero que en su lugar le daría una lengua muy larga para poder cazar hormigas. De esta manera, nació el oso hormiguero o tamandú, como le dicen los guaraníes.

Colección del *MIRADOR*

Cuentos
de la selva

HORACIO QUIROGA

La tortuga
gigante

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada¹ con hojas de palmera, y allí posaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

¹ Una *ramada* es un refugio o choza precaria realizada con ramas y hojas.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que sentía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre² enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora —se dijo el hombre— voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una sogá hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

2 El *tigre criollo* (o *yaguareté* en guaraní) es el felino más grande del continente americano. Es un poco más chico que el tigre asiático y, en vez de rayas, su pelaje tiene manchas en forma de círculos abiertos. Al igual que los otros animales que aparecen en estos cuentos, el yaguareté es característico de la fauna de Misiones, provincia en la que Horacio Quiroga vivió algunos años.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre, y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió entonces que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aun, y perdió el conocimiento. Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces: “El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora”.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga³ chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

3 La *cáscara* de la tortuga es su caparazón.

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía, deshacía los nudos, y acostaba al hombre con mucho cuidado, en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: “¡agua!, ¡agua!”, a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente

sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y solo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez⁴— encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No —le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y adónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires —respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía. Pero vamos a morir aquí, porque nunca llegaré...

⁴ El *Ratón Pérez* es un personaje de la tradición popular, según la cual, cuando a un niño se le cae un diente, debe colocarlo bajo la almohada, y por la noche el ratoncito lo recogerá y dejará a cambio dinero o un regalo.

Índice

Puertas de acceso	3
Abriendo camino entre la naturaleza y las palabras	5
Cuentos: la medida justa	6
Lo que otros cuentos cuentan a los cuentos de Quiroga....	7
De la selva: mucho más que un escenario	11
La selva de Quiroga y otras.....	12
Cuando los animales son protagonistas.....	14
Para niños: ¿solamente para niños?	16
Poniéndonos en marcha	17
Cuentos de la selva	19
La tortuga gigante	21
Las medias de los flamencos	29
El loro pelado.....	37
La guerra de los yacarés	47
La gama ciega.....	61
Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre	71
El paso del Yabebirí.....	81
La abeja haragana	97
Bibliografía	109